

aquellas tumbas que dejan salir, con toda la plenitud de la existencia, *los cadáveres* de tantos elegidos, quedará impreso en la memoria de todas las generaciones, más indeleblemente aún que los caracteres tallados con el cincel y el buril en mármoles y en bronce

Y María, entretanto, continúa de pie, como Sacerdote que ofrece el sacrificio, consagrando por completo su corazón magnánimo á la salud del mundo. Nadie sería capaz de describir sus tormentos; nadie sabría describir tampoco su fortaleza inquebrantable. Repartidos los dolores de María, escribe un Santo Padre, entre todas las criaturas sensibles, habría cesado en ellas la vida; pero María alimenta su firmeza, vigoriza su ser en la substancia de su misión corredentora, y permanece angustiada, pero majestuosa, según conviene á su cooperación sublime. Dícnos los grandes sabios y los más ilustres exploradores que en las regiones donde el sol no aparece en los días del invierno, hay noches más espléndidas que los días más luminosos; porque arcos de deslumbrante luz y mil círculos de fuego cruzan y giran por medio de la atmósfera. Así es, Señor Excelentísimo, aquella triste tarde; así será aquella oscura noche de los dolores de la Virgen María. El heroísmo se elevará en ellas sobre toda tortura, como la montaña se eleva sobre el valle como es inmenso el mar en comparación de los arroyos. Madre del Dios que redime, María lleva su amor

para los hombres hasta los linderos de lo infinito: que su pensamiento más continuo, su aspiración más constante, fué corresponder, por modo cumplidísimo, á lo que pedía su dignidad, y á los designios misteriosos de la voluntad divina. Jesús, desde el sagrado madero, tiende sus brazos á la humanidad entera: María, de pie, contemplando á Jesús, está espiritualmente entre el cielo y la tierra, con el corazón inundado de las ternuras de su Hijo, con las manos llenas de dones de lo alto, para difundirlas como se difunden la luz y el calor del sol, entre las generaciones redimidas. Ella oye, Ella mira cómo el Mediador Clemente acoge el suspiro de un pecador contrito y le otorga su gloria, y anhela ser asimismo el refugio de las almas arrepentidas para unir las y para identificarlas con el Salvador de los hombres. Por esto solamente se complace la celestial María en ser la Madre del dolor; por esto le son leves sus atroces martirios; por esto sobrepuja la fe de aquellos excelsos Patriarcas, figuras del Sacerdote Supremo de la Nueva Ley, que desde Abel hasta el Rey pacífico de la ciudad de Salén, ofrecieron sus sacrificios en aquel monte inolvidable: por esto, en fin, María, entre los quebrantos de su pena, siente aquella conformidad, aquel gozo del espíritu que la presentan á nuestra vista más heroica y sublime, como el cielo es más azul entre los claros de las nubes que produjeron la tormenta.

Y he aquí, Señores, por qué el eco de aquellos

funerales sin segundo, de la Pasión y Muerte del Redentor del humano linaje, viene á confundirse en nuestro espíritu con los gritos y con las alegrías de la victoria. Por la caridad infinita de Jesús es libertado y ennoblecido el mundo: por la fortaleza incomparable de María en la cima del Calvario, el cielo ha recompensado la aceptación de su dolor con glorias sobrehumanas. Veámoslo.

II

Tres misteriosos lazos, escribe un Santo Padre, estrechaban el Corazón de la Virgen María al pie de la Cruz de su Hijo: el dolor, la admiración y el amor (1); y sufriendo con Jesús, adorando á Jesús, amando tiernamente á Jesús, y amando clementísima á la humanidad que Él amaba, aquella alternativa, aquel choque de sobrenaturales afectos, tan hermosamente sostenidos, daban á María, entre todos los hombres, la soberanía del dolor. Por eso está María de pie, como pudiera decirse que lo está su Hijo pendiente en el madero. Son dos altares que se levantan para un doble sacrificio: el altar de la Víctima que redime

(1) B. Laurent. Justin., in loc. cit.

con el mérito infinito de su sangre, con el valor absoluto de su divinidad; y el altar de la víctima que se asocia á su sacrificio, y que ofrece su espíritu y su alma, porque su sola sangre, aunque inefablemente preciosa, no habría bastado para el rescate.

Describiendo Tertuliano las misericordias del Altísimo, las ternuras de un Padre celestial que vive en las moradas de su gloria, que creó á los ángeles y á los hombres, y que cuida, en su Providencia adorable, de nuestro ser y nuestra vida, de los astros y los mundos, y hasta de la flor y del ave, decía con aquella enérgica concisión, que es el asombro de los apologistas, y que él supo imponer á su vigorosa inteligencia: *Tam Pater nemo*: no hay Padre tan poderoso, tan sabio, tan dulce, tan solícito, tan rico de caridad y de gracias como ese Padre del cielo que llamamos nuestro Padre. Y esto mismo, Excmo. Señor, podemos decir nosotros de la angelical María: *Tam Mater nemo*. Por nuestra culpa y nuestro amor sufre María en el Calvario aquel tormento sin límites, que es pasmo de la naturaleza y admiración de los ángeles, y que se muestra con los fulgores más vivos en el pudor de la actitud, en la firmeza del ánimo, en aquellas miradas expresivas al Cielo y á la Cruz, reveladoras de la caridad de su holocausto, de la identificación de la voluntad de María con la voluntad de Cristo. Ruge deshecha la tempestad en el sagrado monte;

fórgase la centella en la nube, inunda un Océano de amargura el corazón de la Virgen; pero nunca alcanzarán esos rayos ni esas olas á las alturas sobrehumanas de su fe y de su amor. Esa estrella de los mares ha querido mantener para los pecadores contritos, para todos los náufragos de la vida, toda su intensidad y todos sus resplandores. No: no hay Virgen como esa Virgen, no hay Madre como esa Madre, no hay legado tan rico ni tan precioso como el legado hecho por el Salvador expirante á las generaciones rescatadas. *Tam Mater nemo.*

La Madre de Jesús ha coronado cumplidamente su obra; no ha desmayado ni un solo instante en ella; la ha terminado como debía terminarla la Soberana de todos los mártires; pero la recompensa sigue inmediatamente al sacrificio, y ese premio ha de ser tan inconmensurable como el dolor, tan prodigioso como la prueba. María ha recibido del Redentor del mundo un título singular, que se acerca al título mismo de Jesús, para toda la sucesión de los tiempos: «Mujer, he ahí á tu hijo,» y este hijo era la humanidad entera; la humanidad creada por Dios, teniendo este Creador el pensamiento en su Verbo; la humanidad redimida absolutamente por Jesucristo, salvada relativamente por el consentimiento de María, teniendo ambos su pensamiento en el Padre. ¡Oh cuán dulce, cuán deleitable, cuán provechoso es para los corazones cristianos vivir bajo la mater-

nidad de María, bajo el eficaz amparo de su Corredentora amantísima! (1)

Todos los grandes amores, los amores nobles y legítimos, capaces de abnegaciones sublimes, tienen el privilegio de cambiar todo dolor en júbilos sin nombre y en gloria sin medida. La naturaleza misma con sus leyes, con sus elementos, con sus rigores, vemos que cede á veces ante el poder incontrastable del amor de dos corazones santos é inocentes. Y si salimos de las esferas humanas y tocamos los atrios de otros mundos, cuando el amor está impregnado de la gracia infinita y se dirige á un objeto infinito, derivase de la fuerza misma del dolor tal alegría del espíritu, que no sabría ser descrita por el lenguaje humano. Es este, hermanos míos, el dolor y el amor de los que así hablaba Isaías: «Yo te daré óleo de gozo por llanto, y manto de alabanza por espíritu de tristeza (2)»; este es el dolor y este el amor en que infundió su aliento el Espíritu Divino, y que tan sentidamente sabía describir San Pablo (3): este es, sobre todo, el dolor y el amor de la Virgen María, no dolor infinito ni amor infinito, repetiremos de nuevo, pero sí trasunto y copia fiel del do-

(1) Quam bene nobis erit sub præsidio tantæ Matris! Quis nos detrahere audebit de sinu ejus? Quæ nos tentatio aut turbatio superare poterit confidentes in patrocinio Matris Dei et nostræ? (Bellarm.: *De septem Verbis Domini.*)

(2) Isai., LX, 3.

(3) II Cor., IV y V.

lor y del amor de Jesús; dolor ideal dentro de lo real, porque es dolor del espíritu; amor ideal y real, porque la realidad toca en lo más encumbrado de la perfección, y se confunde con todo lo que es del cielo.

Y porque el Dios Eterno ha visto á María soportando el dolor, dignificando el dolor, capaz de todo dolor, para cooperar con Jesús á libertar el linaje de los primeros vivientes, la constituye igualmente por Madre del amor en el reino del Evangelio, y le da todos los siglos, y todos los pueblos, y todos los corazones en herencia para que ejercite su bienhechor influjo y para que grave su bendito Nombre en todas las revelaciones del bien y en todos los órdenes de las sociedades; para que las almas puedan santificar y casi divinizar el dolor y el amor por la humildad y la plegaria, por la resignación en el infortunio, por la virtud en la ventura; para que el hombre recoja en la oración aquel fuego sagrado, cuyos incendios todo lo purifican como crisol divino.

Y estas recompensas magníficas, Señor Excelentísimo, esta gloria radiante y eterna de María por su amor y por su constancia, se hacen en primer lugar patentes en la vida y en la historia de la Iglesia de Jesucristo. Dentro de esa sociedad perfecta, de esa institución divina, en las esferas de sus dogmas y de su magisterio, María es todo luz, todo poder y todo amor. Ya en el Cristianismo naciente surgieron detractores de sus

hermosas prerrogativas, de sus más preciadas aureolas. La diadema de su Virginidad, la corona de sus Dolores augustos, el prestigio de sus celestiales virtudes fueron combatidos por corazones impuros y por entendimientos orgullosos; por un Helvidio, un Ebión, un Joviniano, un Valentino, un Macedonio; pero la alteza de María, la santidad y la gloria de María salieron siempre vencedoras é incólumes con el esfuerzo de aquellos paladines invencibles de la Madre de Dios que se llamaron Ignacio de Antioquía, Epifanio, Agustín, Crisóstomo y Jerónimo.

Después, sucesivamente, María vino abatiendo las audacias de Arrio y las maquinaciones de Nestorio, y nosotros la vemos recibir aquellos homenajes de Éfeso, sin igual en la historia, sin segundo en el entusiasmo de los pueblos, donde el cielo y la tierra, y la luz y las flores, y el Pastor y la grey rivalizan en júbilo y ternura para adorar á la Madre del Verbo. ¡Ah, Excmo. Señor! Al cabo de muchos siglos de este prodigioso suceso, pasando por los delirios de las herejías escolásticas, por los sangrientos desmanes de los Albigenses, por los incendios y las crueldades de los Husitas, nos encontramos con una herejía insensata, engendrada, como los últimos errores que he nombrado, en lo más abyecto de la pasión y de los sentidos, formada por los vínculos de la deshonestidad y la ambición, y donde el vicio entabla maridaje monstruoso con la injusticia y la rapiña;

error que rechazaba airado el culto de María, porque este culto era enemigo de sus livianos placeres, y era anatema de sus crueldades; pero entonces ¡oh dicha! contemplaremos también que la sabiduría, la piedad, la literatura y el arte únense en admirable concierto para apagar las llamadas de la voluptuosidad, para condenar las sequedades de la avaricia y las indiferencias del espíritu de los jefes y sectarios de la Reforma protestante. En los mismos días de Lutero florecería Canisio, que ponderó con inspirada palabra, con unción férvida, las glorias de la Virgen María, y el poder casi infinito de su dolor, inagotable fuente de sus tiernos amores, reconquistando para la fe pueblos enteros en la Alemania inficionada: huellas fecundas y benditas que serían luego seguidas por Belarmino, por Suárez, por Bossuet, por San Alfonso de Ligorio.

Desde el siglo XVI al XVIII vivían igualmente aquellos colosos de la poesía, que en Francia, y en Italia, y en nuestro católico suelo cantaron con inspiración de Profetas y con melodías de ángeles los martirios de la Santísima Virgen: y hubieron de florecer asimismo aquellos artistas sublimes que representaron á la Madre de Dios con sus más conmovedores encantos; pintores y escultores que tuvieron sus modelos en Rafael y Murillo, en Montañés y Campaña. Y entre todas las imágenes de María, no sé si las más acabadas y perfectas bajo el aspecto artístico, pero sí las

más devotas y las más invocadas serán las efigies de la Virgen Dolorosa, que, especialmente en la piadosa Sevilla, escuela de tantos genios, no pueden contemplarse sin que se ablande el corazón y sin que sean los ojos abundante fuente de lágrimas.

El misterio y el título, Señores, que proporcionaban á la Iglesia Católica victorias decisivas, no podían menos de ser resorte eficaz y bienhechor para la felicidad de las generaciones cristianas. A la vez que la doctrina y la caridad del Salvador Jesús comienzan á esparcir la verdad, la virtud, la justicia y todo linaje de abnegaciones en las nuevas edades, la devoción de María viene paralelamente asociada á la obra divina de la Redención del mundo por la Pasión de Jesucristo. En esta sociedad terrestre, en esta forma visible y militante de la Iglesia, centro temporal de los corazones y las almas, la influencia de María va penetrando en todo el organismo de los pueblos por la gracia de su ser, por la excelencia de su dignidad, por la poesía de su culto; pero todo esto derivado de la gloria de sus Dolores, del mérito de su martirio; porque sin la consagración de su vida por el dolor, sin la plenitud de su caridad por la resignación de sus sufrimientos, los espíritus cristianos no habrían elevado ante Ella tantas adoraciones, ni tan continuas y tan fervientes súplicas.

Sí; es la sangre de Jesús, es la enseñanza de

Jesús, lo que rescata esencialmente al hombre, lo que esparce por todas partes la verdad y el bien, y renueva las sociedades moribundas; pero es también María, engrandecida por su cooperación generosa, y es el arrebatador influjo de su Nombre quienes cautivan insensiblemente los corazones, para ganar más pronto las inteligencias. Ved, si no, á los amadores de Cristo en los Circos, en los palacios, en los ejércitos, y ellos son los hijos especialmente amantes de la Madre de Dios. Ved á los grandes talentos de los primeros siglos, un Justino, un Policarpo, un Ireneo, un Clemente Alejandrino, que purifican la filosofía helénica y la dirigen toda al conocimiento y posesión de la verdad, y ellos son los más tiernos adoradores de la Maternidad de María. Mirad á los legisladores y jurisconsultos de aquellos tiempos, y hallaréis que, bajo la devoción á la Madre de Jesús, van infiltrando en la familia y en el Derecho aquel espíritu de equidad y mansedumbre que gasta y modifica las rudezas del vínculo civil de la potestad, y que romperá al fin los férreos eslabones de aquella esclavitud afrentosa de la sociedad pagana. Y así, Excmo. Señor, veremos ya elevarse desde las primeras centurias los templos de María; ya aquellas Basílicas paganas, dedicadas al verdadero Dios con purificaciones que dilataban el espíritu; ya los templos bizantinos, que convidan á meditar y orar; ya las catedrales góticas, que elevan el alma hasta el éxtasis; ya la ermita cons-

truída en la colina ó en la selva, lugar de predicación y santo regocijo para las multitudes creyentes. Y casi todos estos monumentos serán testimonios perdurables de señalados favores otorgados por la Madre de Dios á los corazones que la imploraban, á las villas y á las ciudades que demandaban su protección y su auxilio; la lluvia en la sequía, la salud en las epidemias, la bonanza en las tempestades. ¡Ah! Era que la fe, la esperanza, la caridad cristianas decían á un tiempo á los felices y á los infortunados, á los sabios y á los entendimientos sencillos, que si Dios es el Poder absoluto y la Caridad infinita, María es el poder y el amor universal relativo, es la participación de lo Eterno por el dolor y por el amor; es la luz que todo lo alumbra, el calor que todo lo mantiene, la confianza que todo lo vigoriza.

Si contemplamos ahora los luminosos reflejos que del Misterio de la Compasión de María y de la atractiva majestad de su culto descienden más directamente sobre la mujer católica, nuestro espíritu habrá de elevarse más y más á vista de tantas hermosuras y de tantos consuelos; porque en María, Madre de Jesús y Corredentora con Él, encuentra la mujer del Evangelio, no sólo el lirio y la palmera que deleitan, sino también la encina que resiste, y el cedro que perfuma los espacios; no ya únicamente á la Esposa de los Cánticos, tierna y enamorada, sino á la mujer fuerte de los *Proverbios*, y á aquellas madres de la parábola de